

LIBROS

"Por el Imperio hacia Dios", de Rafael Abella

La gran ventaja de la realidad sobre la ficción estriba en que la última necesita aparentar verosimilitud para ser creída mientras la primera puede permitirse el lujo de parecer inverosímil. Lo que en una novela rechazaríamos como absurdo y disparatado tenemos que admitirlo en la Historia, convencidos de que por encima de su falta de lógica no sólo pudo ser, sino que fue real y verdaderamente. Incluso cuando los hechos resultan tan sorprendentes que los mismos que los vivieron y padecieron se sienten a veces tentados a considerarlos fruto exclusivo de una imaginación calenturienta.

Algo de esto sucede a la mayoría de los españoles actuales con lo acaecido en nuestro país durante los dieciséis primeros años de la prolongada dictadura franquista. Y no sólo por lo insólito de cuanto entonces ocurre en la vida pública nacional, sino también por el lenguaje utilizado para contarlos, lenguaje que revela una mentalidad tan distanciada de la nuestra como si procediera de habitantes de una remota galaxia.

Contra lo que muchos pudieran pensar al leerla, *Por el Imperio hacia Dios* (Planeta) no es un relato de ciencia-ficción, sino la crónica exacta y puntual de nuestra dolorosa posguerra. Su autor, Rafael Abella, no inventa ni falsea nada, ni desorbita los hechos ni deja volar su fantasía imaginando desastrosos, barbaries o simples incongruencias. Se limita a recorrer el largo camino entre 1939 y 1954 a través de hemerotecas e bibliotecas, reflejando en un espejo cuanto entonces se hizo, se dijo y se escribió. Con un exquisito cuidado de imparcialidad renuncia a comentar los hechos que narra e incluso procura contarlos en los términos exactos en que trascendieron al público a través de discursos y disposiciones oficiales, noticias e informaciones periodísticas, documentos fehacientes y declaraciones de los propios protagonistas.

El resultado es un libro increíble, reflejo exacto de una España esperpéntica como no fuera capaz de imaginaria ni el mismo Valle-Inclán. A uno que, como a todos los hombres de su tiempo, le tocó vivir esta patética etapa de nuestra vida nacional, le gustaría pensar que na-



Rafael Abella.

da de esto fue cierto, que cuanto aquí se cuenta no pasa de ser una siniestra pesadilla. Por desgracia le consta de una manera fehaciente que fue verdad en todas sus partes y que las consecuencias de aquellos años los seguimos pagando todos en este largo y difícil tránsito hacia una normalidad ciudadana que no guarde el menor parecido con las delirantes situaciones que Rafael Abella recoge en su impresionante relato.

Por el Imperio hacia Dios es la historia patética de una etapa de nuestra vida nacional reciente desconocida para una mayoría, ya sea por la falta de información veraz en el momento de producirse los hechos o por el comprensible afán de olvidar cuanto antes los sufrimientos pasados. Como hiciera en sus anteriores libros sobre la vida cotidiana durante la guerra civil en ambas zonas en que la contienda dividió a España, Rafael Abella se acerca a la patética existencia de unos españoles sumidos en un grotesco triunfalismo en tanto que la vida del país, sometida a la tiranía del mercado negro y de las privaciones, caía en las simas de la miseria. Es un cuadro alucinante y aleccionador para cuantos desean vivir en un régimen de libertados en que no sea posible nada de lo que en esta obra se cuenta.

Si cuanto Rafael Abella dice sobre la represión que sigue al final de las hostilidades —los juicios en que la simple denuncia se considera prueba suficiente y en que se penan como delito conductas que eran perfectamente lícitas en el momento de producirse— impresiona por su magnitud y generalidad, aunque fuera conocido, al lector normal y corriente habrá de sorprenderle cien veces más todo lo relacionado con las restricciones y racionamientos, prolongados durante años y años, como su inevitable consecuencia del mercado negro y el estraperlismo tolerado cuando

no protegido desde el poder mismo. También el decidido apoyo moral y material a las potencias fascistas durante la segunda guerra mundial, para cambiar por completo a verlas derrotadas contra todas las previsiones oficiales. Increíble parece también la actitud oficial de la Iglesia católica en apoyo incondicional del franquismo con los discursos del cardenal Herrera Oria y el juramento de los obispos. Pero acaso lo más asombroso de toda la historia sean las maniobras y habilidades de Franco para mantener su poder personal, utilizando a unos y eliminando a otros de sus amigos y aliados, según sus momentáneas conveniencias.

Por el Imperio hacia Dios es un libro que todos los españoles deberían conocer para que no pudiera repetirse nada de lo mucho que nos cuenta Rafael Abella. Que parece increíble, desde luego; pero que, desgraciadamente, fue verdad. ■ E. GUZMAN.

Las nuevas pintadas

Cuando estábamos en plena moda semiológica, como hoy lo estamos —¿lo estamos ya?— en la del discurso sobre el poder, una revista especializada dedicó un artículo a las pintadas. En él, después de hablar de todo tipo de temas y remitirse a toda suerte de estadísticas, el autor llegaba a la interesante conclusión de que la abundancia de pintadas estaba en función directa de la ausencia de otros canales de expresión. A lo que añadía otro original descubrimiento: las pintadas proliferaban en las zonas poco vigiladas del extrarradio y en los subterráneos.

Llegó, mientras tanto, la democracia, y las pintadas, lejos de desaparecer, aumentaron. Y cubrieron las paredes de los interminables túneles del Metro hasta el punto de afectar seriamente a la sensibilidad estética y al profundo sentido de civismo del señor ministro de

Transportes el día en que, plebeyamente y de incógnito, tal y como nos lo mostraron todos los periódicos, utilizó ese popular medio de transporte.

Si con el 15 de abril comenzaron a llover las pintadas, lo realmente novedoso del fenómeno es el signo político de un número creciente de ellas. Así nunca se habían visto tantas svásticas, voz sánscrita que, según el diccionario, significa "vida feliz". Y junto al símbolo nacionalsocialista, que fue originariamente un símbolo religioso y también sexual de la India, y al que nadie podrá dejar de reconocer una siniestra elegancia, ese horrible pastiche icónico que es el "vitor" de Franco.

Pero están sobre todo las leyendas que abundan en los barrios "de derechas" y que no deben herir la susceptibilidad de sus habitantes, puesto que nadie se molesta tan siquiera en tacharlas. Leyendas con olor a horno crematorio como la siguiente: "Necesito judío para hacer jabón". Y su inevitable variante: "Necesito rojo para ídem". Y, justo debajo: "Es difícil hacer jabón con la mierda".

Otras, de igual signo político, tienen como blanco al propio motor auxiliar del cambio, según la versión oficial: "Suárez, traidor, cantaste el 'Cara al sol'". "Slogan" especialmente eficaz porque no admite réplica. Que es, como dice Olivier Reboul (1), la característica de un buen "slogan". La única arma que puede servir en estos casos es la parodia, el ridículo. Que es lo que ha hecho alguien con el "slogan" anterior: "Suárez, traidor, bailaste el 'rock n' roll'". El globo queda así inmediatamente desinflado.

Otras veces, sin embargo, la ironía está implícita en el propio "slogan" y contestar se vuelve mucho más difícil, si no

(1) Olivier Reboul: *El poder del "slogan"*. Traducción: Antonio Carrasco. Edit. Fernando Torres. Se trata de un excelente análisis de las modalidades y funciones del "slogan", precedido por un interesante estudio de Pedro Semper sobre las campañas publicitarias de los partidos políticos en las elecciones del 15 de junio.



imposible: "Si tienes un hijo subnormal, no lo tienes: puede llegar a presidente de Gobierno".

La frase "20 de noviembre" —en abreviatura, "20-N"— es ya algo más que un "slogan", la consigna de todos los nostálgicos del viejo régimen. Las respuestas que encuentra suelen ser de tipo escatológico. Así ésta, en rima asonante: "Veinte de noviembre, hacer de viento".

Naturalmente, junto a todo esto, están las pintadas más clásicas: "Rojos, al paredón", "Todo el que está en el paro es un cabrón", "Putas, al Gobierno, sus hijos lo están ya", y otras por el estilo.

Frente a toda esta chabacanería de los nuevos torquemadas, uno no puede por menos de recordar la poética belleza de aquel "slogan" ácrata que vio escrito hace algún tiempo en una pared: "Parad la Tierra, que quiero bajarme". ■ JOAQUÍN RABAGO.

"Gentes del Sur", la otra amnistía

Quedan, afortunadamente —y muchos—, poetas en Andalucía; de los que limpiamente descubren en un par de versos cómo es de fuerte el dolor de un pueblo y cómo abrirse paso al futuro. Con la lectura de *Gentes del Sur*, de Onofre Rojano, sevillano de la Puerta Osario, uno descubre que queda por conquistar la otra amnistía, la de los pueblos, condenados a cadena perpetua de subdesarrollo. Es este el pueblo, como nos dice el poeta en *Poema para la amnistía*, de los campesinos sin tierra, de los paraos, emigrantes, albañiles sin trabajo... Un pueblo encadenado, que necesita de su liberación. Incansable, Onofre repite: "¡Somos gentes, somos gentes!", como los demás, pueblo, que se pone a gritar, y que leste es un hallazgo que para sí lo hubiera querido un político "a conciencia llamamos, al resto de España".

Onofre Rojano, treinta y cuatro años, escribe de lo que es y le rodea: la gente normal y corriente del pueblo andaluz, de los barrios, del trabajo, de las "azoteas proletarias", de las colas junto a una fuente de agua, de todas esas cosas que su gente hace en el silencio de las calles blancas. Nos habla de los niños, "desaliñados y rotos" que, como él, pasaron por mil trabajos hasta hacerse hombres, de tajo en tajo, y luego ir a la taberna, siempre hay una taberna, para amortiguar los golpes del currelo.

Y este "Pueblo vivo", condenado a esta otra cárcel que es el abandono ("hombres todos

arranacos impune/del canto colectivo del trabajo") tiene su amnistía pendiente, por la que nos grita Onofre Rojano. "Porque grita —como escribe en el prólogo a este libro, Víctor Márquez Reviriego— quien vive una realidad que podemos aquí cuantificar en cifras, que no tienen nada de frías a pesar de que digan lo contrario los profesionales del tópico. Una realidad, el Sur andaluz, donde viven unas gentes sin trabajo (el 15 por 100 de la población activa no tiene trabajo, alto y triste nivel a que no llega ninguna otra región española). Y una realidad donde hay un millón que ya no vive, porque desde hace quince años se ha ido sumando al inmenso colectivo de la diáspora...".

Aquí está el sentido de la otra amnistía en la voz del poeta:

"Alcemos nuestra voz al viento.

¡Gritemos a la luz!
hasta que estallen
los oídos de los ciegos
y vuele la herramienta a cada mano".

Entre las *Gentes del Sur*, Onofre Rojano no se olvida de aquel joven que por las calles de Lebrija llevaba su teatro popular a los jornaleros de su pueblo, "los campesinos sin tierra" del *Poema para la amnistía*. A Juan Bernabé, muerto en Roma, su compañero Onofre le grita un ¡Bravo!, como a él también se lo dedicamos por este *Gentes del Sur*, que a amnistía y a conciencia llamamos.

Grupo Barro

Onofre Rojano, junto con otros siete poetas andaluces,

forma el grupo Barro, "cuyas características y objetivos fundamentales —dicen— son la potenciación, divulgación y fomento popular de la expresión literaria, particularmente de la poesía". Como primera aparición pública, el grupo ha editado una carpeta, *Poetas de Andalucía*, que contiene separatas con poemas de cada uno de ellos: Fernando Morales Gómez (nacido en Sevilla, 1957), María Luisa Machado (Cazalla de la Sierra, Sevilla, 1944), Onofre Rojano, María del Carmen Rey (Sevilla, 1945), Paloma Bráza Lloret (Cádiz, 58), Antonia María Carrascal (Sevilla, 1947), Mercedes Carmona (Cazalla de la Sierra, Sevilla, 1954) y Rafael Trujillo Navas (Baena, Córdoba, 1955). ■ A. RAMOS ESPEJO.

ADIOS A LAS LETRAS

Escritores probeta

Ha comenzado la era de la fecundación en probeta. En España tardará en aparecer porque nuestros ginecólogos se hallan más preocupados por advertir si es posible abrir la mano en esto de los anticonceptivos y no hallan tiempo para investigar y lograr nuevas dimensiones a su práctica médica.

El "bebé probeta" ha nacido en Gran Bretaña, donde también nació Winston Churchill, que no fue resultado de una fecundación en laboratorio, pero que ganó el Premio Nobel de Literatura, algo tan milagroso como lo que ahora ha ocurrido en un viejo hospital de la ciudad de Oldham.

Winston Churchill hubiera dado muy buena mezcla, si los ginecólogos se hubieran decidido a hacerlo, con personajes de la literatura hispana y quizá gracias a ese encuentro de células hubiera dado de sí escritores de ritmo gracioso y marcial, que es lo que siempre quiso ser don José María Pemán.

Pero estos escritores no se enrazaron, como dicen en mi pueblo. Aún no se ha descubierto la fórmula del escritor probeta, sobre todo porque el escritor es un personaje minúsculo e individual que trabaja por su cuenta y cumple el riesgo de ser único.

Así salen las cosas. Si Vizcaino Casas se hubiera asociado con un escritor como Rafael Abella, por ejemplo, no hubiera vendido tantos ejemplares en las ferias de este país, pero tampoco hubiera dado de sí una literatura tan aberrante, una lengua que hay que leer con la mano alzada, mientras se piensa con dolor fascista, en este país que antes, como él dice, "se llamaba España".

Pero estos escritores son unívocos. Yo creo que para alejar de sí la funesta manía de fundirse ni siquiera leen a los otros autores. Prefieren mantener el mismo camino de Gonzalo Fernández de la Mora, mi buen amigo, el especialista en tomar asientos traseros de coches de dos puertas. Gonzalo Fernández de la Mora ha



Ángel González.

vivido leyendo a Ramón de Maestu, que no podía contaminar su estilo, y ha terminado pareciéndose a Fraga Iribarne, que es como un tambor de hojalata roto por el lado del consenso y por la simetría que le une a Federico Silva Muñoz.

Los escritores no son simbióticos, al revés que Patricia Hearst, cuyo corazón estuvo con los revolucionarios estadounidenses, mientras que su fortuna estaba con su padre. Un revolucionario que no pone su revolución y su fortuna en el mismo sitio no puede ni atracar un Banco, aunque se halle apoyado por un Ejército Simbiótico o por un pulpo de mil cabezas.

Entre los escritores nuevos no veo tampoco posibilidades de simbiosis genética. Al contrario, los veo retraídos incluso para la cosa de la nocturnidad. Ya el Gijón madrileño no es lo que era ni siquiera es lo que era el pub Dickens una vez famoso. Se acabó la noche literaria, que era el tiempo del día en que conflúan las mentes y comenzaban a crearse novelas inspiradas por todos. Quedan algunos resquicios: los juanes se ven. Hortelano y Benet coinciden. Ángel González también aparece con ellos, pero luego se van y escriben por su cuenta las historias que todos escribieron siempre, por separado, y palabra individual sobre palabra individual. No ha, probeta para ellos. Sus sémenes literarios no coinciden. Ellos tampoco tratan de hacerlos juntarse. ■ SILVESTRE CODAC.